

Manuel Dammert Ego Aguirre, coordinador

Perú: la construcción sociocultural del espacio territorial y sus centralidades



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Ciencias Históricas

Editor general
Fernando Carrión M.

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Eusebio Leal Spengler
Fernando Carrión Mena
Jaime Erazo Espinosa
Mariano Arana
Margarita Gutman
René Coulomb B.

Coordinador
Manuel Dammert Ego Aguirre

Editora de estilo
Gabriela Chauvin Ochoa

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Impresión
Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-05-6
© OLACCHI
El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas
Tel: (593-2) 246 2739
olacchi@olacchi.org
www.olacchi.org
Primera edición: septiembre de 2009
Quito, Ecuador

Contenido

Presentación	7
Prólogo	
Perú: territorios, lugares y patrimonio.	
Un enfoque multidimensional de las centralidades históricas	9
<i>Manuel Dammert Ego Aguirre</i>	
Centralidades regionales y jerarquías urbanas: sistema de centralidades urbanas en el Perú	47
<i>Luisa Galarza Lucich y Cecilia del Castillo</i>	
Perú: diversidad de zonas urbanas con valor cultural frente al desarrollo urbano actual	79
<i>Juan Julio García Rivas</i>	
Colonizados, globalizados y excluidos en las grandes transformaciones de Lima	107
<i>Roberto Arroyo Hurtado y Antonio Romero Reyes</i>	
La transformación de estructura y significado del centro de Lima. Tres aproximaciones	151
<i>Kathrin Golda-Pongratz</i>	

Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal	189
<i>Wiley Ludeña Urquiza</i>	
Cusco: apogeo del Tawantinsuyo, centralidades patrimoniales y la Red de Parques Arqueológicos	227
<i>Manuel Dammert Ego Aguirre</i>	
El centro histórico de Arequipa: patrimonio y desarrollo	267
<i>Luis Maldonado Valz</i>	

Presentación

Lo urbano, entendido como una forma específica de organización socio-territorial, adquiere en la sociedad contemporánea una especial relevancia en tanto, a inicios del presente siglo, más de la mitad de la población mundial habita en ciudades. Las tendencias en las que actualmente se enmarca el proceso urbano –donde las lógicas de la globalización, condicionadas, entre otros factores, por la consolidación de una nueva fase de acumulación territorial del capital, por realidades mediatizadas a través de sofisticadas tecnologías de la comunicación y por paradigmas culturales de impronta posmoderna estructurados alrededor de la dicotomía global-local– han determinado que su sentido se redefina desde una noción de concentración demográfica y de urbanización, hacia la idea de estructuras socio-espaciales dispersas y fragmentadas.

Esta concepción implica entender que, si bien la dinámica de las ciudades se genera a partir de un conjunto de interrelaciones de carácter endógeno entre los diferentes sistemas que la conforman, no es menos cierto que los flujos informacionales determinan una serie de articulaciones externas que configuran la emergencia de una organización suprafísica sobre la cual se redefinen los procesos sociales, políticos, económicos y culturales donde converge y se reproduce lo urbano.

En esta perspectiva, se vuelve necesario identificar desde el debate académico las distintas entradas teóricas del campo disciplinar de los

estudios de la ciudad, con el objetivo de entender esta suerte de reescalamiento conceptual de la condición urbana, incorporando además una lectura transversal de carácter multidisciplinario que más allá del hecho espacial per se permita dar cuenta de la complejidad de esos procesos. El análisis de la problemática urbana, en otrora enmarcado en el aspecto morfológico-funcional de las ciudades, ha incorporado –tanto teórica como metodológicamente– temáticas relacionadas por ejemplo con la interacción Estado-sociedad en los procesos de democratización y sus consecuencias en el gobierno de la ciudad; con la dialéctica cultural del espacio a través de la comprensión de los imaginarios urbanos; con las implicaciones socio-políticas de la seguridad ciudadana frente a la violencia urbana; con la movilidad sustentable y la gestión del riesgo como respuesta a los impactos ambientales en las estructuras urbanas, con el hábitat popular y la inclusión social; entre otros. La interpelación de estos temas permitirá construir una visión de conjunto del fenómeno urbano.

La colección *Centralidades* nace para aportar profundas descripciones a la literatura urbana, no solo del entorno urbano histórico y reciente sino de la hondura psicológica de quienes lo habitan. Esta colección presenta para el debate las lecturas de reconocidos académicos y académicas provenientes de diversos países de Latinoamérica, quienes reunidos en torno a un país, muestran de varias formas esos “centros” de los que habla cada uno de los doce libros.

Fernando Carrión M.
Presidente de la Organización
Latinoamericana y del Caribe de
Centros Históricos (OLACCHI)

Prólogo

Perú: territorios, lugares y patrimonio. Un enfoque multidimensional de las centralidades históricas

Manuel Dammert Ego Aguirre*

Esta publicación reúne siete estudios que, desde diversas ópticas y distintos objetos específicos, analizan con un enfoque multidimensional los desafíos de las nuevas centralidades históricas en el Perú y sus principales espacios territoriales regionales y urbanos, como Lima, Arequipa y Cusco. Forman parte de un gran debate en curso y aportan diversas sugerencias.

Perú y las sedes de enunciación del saber respecto a las centralidades

Las centralidades históricas se estudian desde una renovada apreciación epistemológica de la relación entre territorios y práctica social. Los *territorios* se pueden definir como los espacios producidos socialmente

* Magíster en Sociología. Docente de la Facultad de Ciencias Sociales, UNMSM y de la Maestría en Gestión del Patrimonio Cultural INC-Cusco/UNMSM. Consultor en temas de Desarrollo Territorial, Reforma del Estado, Descentralización, Planeamiento y Patrimonio Cultural. Docente invitado en universidades y otras instituciones de educación superior en Perú, Ecuador y Chile. Fue responsable del Equipo Técnico Multidisciplinario en la elaboración de los vigentes Planes Maestros del Santuario Histórico de Machu Picchu y de Caral-Supe. Director del Instituto Territorialidad. Este artículo es una nueva versión de lo publicado en el libro *La red de parques arqueológicos* (capítulos I, II y III), editado por el INC-Cusco en 2007.

en la reproducción de la especie humana. Los *lugares* pueden conceptualizarse como aquellos nodos de centralidades, donde relaciones de fuerza entre objetos socio-técnicos y prácticas sociales disponen el hacer, los recursos y las significaciones de la vida social. Los lugares, uno de los cuales es la ciudad, se pueden apreciar en distinta escala y sus caracteres son heterogéneos y de variada complejidad. Algunos de los lugares se pueden clasificar como *patrimonios*, por ser/tener bienes culturales de carácter icónico y autenticidad para una sociedad determinada y/o la humanidad en general. Esta compleja y conflictiva relación entre territorios y lugares es la sede de enunciaciones de nuestro saber, desde la cual se agitan los debates sobre las centralidades históricas, sean antiguas o nuevas.

En la redefinición del enfoque sobre las centralidades urbanas y la relación con los centros históricos, son fundamentales las reflexiones avanzadas por Fernando Carrión,¹ quien reformula el sentido del centro histórico para arribar a una nueva comprensión de las centralidades en el espacio urbano.

Como señala Krafta (2008) respecto a la centralidad, “el sistema espacial urbano puede ser entendido, preliminarmente, como un conjunto de unidades espaciales discretas vinculadas entre sí por relaciones lo suficientemente fuertes como para transmitir al todo cualquier transformación local”. Recuerda que Lefebvre (1970) se refiere a la centralidad como una propiedad esencial de los sistemas urbanos, pero de la cual la materialidad es, al mismo tiempo, trivial y elusiva, en distintos lugares de conexiones y correspondencias singulares. La jerarquía espacial urbana, con las centralidades, está configurada por los territorios con desigual distribución y por las conexiones selectivas existentes entre los lugares.

Desde esta perspectiva, Carrión formula que el centro histórico, asumido como conjunto monumental, muchas veces “es puesto en memoria bajo la conservación como política central, convirtiéndose-

1 Ver los prólogos de la revista *Centro-h*, 1 y 2 (2008). Ver también la amplia bibliografía del autor sobre el tema.

lo en un componente inmutable y también único de la ciudad”, cuando es, paradójicamente, más bien, el lugar que más cambia. La condición polisémica del concepto de centro histórico lleva a que lo defina como “un espacio público de condición simbólica” que trasciende el tiempo (antiguo-moderno) y el espacio (centro-periferia), produciendo un legado transgeneracional y transterritorial. Señala que “en una ciudad no hay un solo centro histórico sino varios tipos y cantidades de centralidades” cuyos elementos diferenciadores son la centralidad como equidistancia de las relaciones entre funciones centrales y la acumulación del valor de historia. Tomando en cuenta estas dos dimensiones, adelanta una tipología de centralidades urbanas: a) la centralidad fundacional; b) la centralidad funcional de integración espacial múltiple; y c) la centralidad temática, con un rol de conectividad y sentido, y nodo de relación local-local de la ciudad actual.

Desde esta perspectiva, es necesario un enfoque multidisciplinario de las *centralidades históricas*, y es fundamental el estudio de las relaciones entre territorios, lugares y patrimonios, que están en la base de las dinámicas de las centralidades.

El territorio ya no se vive como un espacio ajeno a las sociedades, como un espacio inerte, en el cual solo se realizan actividades humanas. En la economía del mundo (Wallerstein, 1999) y en las sociedades del conocimiento y la información (Castells, 1999), se han revalorado los territorios producidos socialmente en relación recíproca con la naturaleza. Se ha superado el “espacio absoluto” del filósofo y geógrafo Kant, como un fondo vacío en el cual se supone que se realizan las actividades y ocurren los fenómenos. Se asume el espacio, producido socialmente a escala humana, como una relación de fuerzas entre objetos híbridos y procesos de la práctica social, en una nueva relación sociedad-naturaleza.

Al influjo de la revalorización del cuerpo y las transformaciones que han ampliado los sentidos de la especie humana, con una segunda naturaleza “técnica informacional” de la era digital, como señala Milton Santos (2000), con el territorio como un espacio producido a

escala humana, prácticamente no existen áreas ajenas a la intervención humana. El espacio territorial es concebido como un conjunto indisoluble de objetos y de sistemas de acciones. Las centralidades históricas se disputan y estudian en cuanto tales, no como esencias ahistóricas. Este cambio de perspectiva sitúa la enunciación del saber, la sede actual de conocimientos, marcada por su territorialidad.

Para apreciar las centralidades históricas, antiguas y nuevas, hay que considerar que los objetos del espacio contemporáneo se han multiplicado exponencialmente, formando sistemas más complejos, siendo en cada ocasión más artificiales, vinculados con sistemas de acciones igualmente imbuidos de artificialidad. Se han modificado las condiciones espacio-temporales del mismo, en sus dos aspectos interrelacionados: los objetos y las prácticas. Los objetos socio-técnicos cristalizan en sistemas de ingenierías y técnicas; de alcance y vocación universal; cada vez más, portadores de trabajo humano muerto, incorporando intencionalidades como racionalidades propias, y articulados funcionalmente a escala humana, tanto universal como microscópica. Estos objetos socio-técnicos, de vocación y escala global, producen más bienes diminutos y evanescentes que tienen un período muy corto de rotación y consumo. Se generan prácticas sociales en las cuales los sujetos fragmentados viven el frenesí de un presente al mismo tiempo fugaz/eterno. Es la ilusión de un poder microscópico individualizado, en el cual al cercenar lo que portan de futuro han perdido parte de su humanidad, enajenándose a los grandes poderes corporativos que se esconden tras estructuras anónimas y sistémicas. Esta dinámica fragmentada y dispersa, en lo individual y social, por tanto también territorial, está realmente regulada por la incesante búsqueda de plusvalías fugaces que generan, capturan y se agotan en los diversos recursos y lugares del planeta, con un sistema mundo que, al ampliar sus capacidades productivas y acentuar las desigualdades y destrucción de recursos, hace más cortas y más profundas las crisis de sus ciclos y del planeta, hasta que otro mundo posible lo reemplace.

La relación entre territorios y lugares constituye uno de los asuntos necesarios a apreciar al tratar estas sedes de la problemática en estu-

dio. Los sistemas de objetos y acciones contienen intencionalidades para cada uno respectivamente, pero en forma interrelacionada, generadas en su producción y cosificadas en el tiempo. Al respecto, incluir este concepto de intencionalidad en los sistemas y como nexo integrado es una cuestión epistemológica de primer orden. Las intencionalidades no corresponden necesariamente a las racionalidades y éstas no son universales homogéneas sino relaciones de fuerza entre distintos sujetos. La sociedad parte de una desigual distribución de recursos al reproducirse materialmente, ejercer poder, dar sentido y obtener resultados, dimensiones que están en modificación constante en los cambios para ampliar la libertad de la sociedad y de sus integrantes. En la era actual, señala Santos:

Con el advenimiento del espacio racional, éste se transforma en una verdadera máquina, cuya energía es la información y donde son las propias cosas lo que constituyen el esquema de nuestra acción posible [...]. Ese medio técnico-científico está formado por objetos que incluyen saber técnico y son el soporte del saber hegemónico, mientras que los otros espacios se vuelven solamente los espacios del hacer (Santos, 2000: 257).

El renovado estudio de las centralidades se realiza en estas condiciones de enunciación. No existe un único territorio mundial sino que algunos de ellos han impuesto su dominación a los otros, y pretenden imponer su homogeneización espacio-temporal y la fragmentación de la vida social. Se genera la especialización funcional mundial, variable en cada localización y en el tiempo. Los subespacios se superponen en diversos circuitos productivos, en varias fases de los circuitos y en diferentes circuitos de cooperación. Los territorios, estructurados de forma sistémica, están marcados por el influjo de la nueva economía de la velocidad y la incertidumbre, con sus flujos heterogéneos y superpuestos, señala Pierre Veltz (1999), la que marcará las singularidades de sus centralidades, según cómo respondan ante estos desafíos.

En relación con el territorio, se pueden distinguir los lugares como nodos de sentido en la pugna entre las racionalidades que disputan en

ellos. Las ciudades son sus más altas expresiones, en conjunto y en su desigual configuración. Algunos de estos lugares se asumen como centralidades históricas, en una evidente secularización del significado ritual de los antiguos espacios sagrados, ahora sustantivados por la pugna temporal de racionalidades en torno al sentido ordenador de los espacios. La calificación de algunos de estos lugares como patrimonio, por ser/tener bienes culturales que se asumen íconos de identidad y autenticidad de grupos determinados, es una de las formas de clasificación en disputa entre visiones sustancialistas y apreciaciones históricas.

Los lugares asumen sus funciones según la integración sistémica al espacio global y los recursos de los sistemas locales de producción, marcados por las condiciones de producción del espacio-tiempo. Los lugares, por ello, actúan como sujetos sociales y sus centralidades pueden ser analizadas. En cuanto tales, el lugar de enunciación de los debates sobre centralidades está marcado porque, en la actual situación de la globalización, se genera la escisión, una fragmentación del lugar, por la pugna de poder entre intencionalidades y racionalidades, en localidades configuradas heterogéneamente como espacios global-locales. Jameson (1995) señala que el sujeto cultural del capitalismo actual está atravesado por la esquizofrenia, al haberse impuesto la fragmentación, y haber roto la relación entre el presente, el pasado y el futuro. Esta perspectiva puede tomarse en cuenta para las prácticas de los lugares asumidos como sujetos. En los lugares localizados globalmente, glociales, se vive también la ruptura de la cadena significante. En ellos se plantea, de una manera renovada, la espacialidad de la temporalidad, en una cultura cada vez más dominada por el espacio y la lógica espacial, de una temporalidad fragmentada.

Los estudios y debates sobre las centralidades se realizan en estas condiciones de una nueva práctica social del espacio-tiempo. Es la que corresponde al territorio y sus lugares como espacio global localizado. Se produce la convergencia espacio-tiempo, con la instantaneidad del tiempo presente y las diferencias entre distancias sociales y geográficas. En la relación entre los sujetos sociales y los sistemas sociales, se

distancian el espacio y el tiempo, generándose la deslocalización y una nueva relación en la interacción social y con los lugares. Se vive la compresión del espacio-tiempo por la reducción del tiempo de rotación del capital en la vida social y el deslumbramiento del presente. En este espacio local globalizado, pugnan las racionalidades de la práctica social, entre constreñir y depredar los territorios o ampliar los ámbitos autonómicos de la vida social para la libertad, las condiciones de solidaridad, y el ejercicio de la democracia ciudadana.

En la dimensión más estructurada de los territorios, se intensifica el crecimiento del sistema mundo, incluyendo megatendencias de descentralización con más urbanización. Se distancian las dinámicas de los Estado-nación y las de los territorios. Las ciudades crecen como centro de complejidad de la vida social, con más población y flujos más heterogéneos. La modalidad más extendida es *Ciudades región medias y metropolitanas*, que tienen como rasgos comunes una gran extensión, estructura plurinuclear, heterogéneo mercado productivo y de trabajo, amplias instituciones culturales de producciones simbólicas, diversos usos del suelo y gran conectividad en redes de transporte avanzado y de tecnologías de comunicaciones.

Los lugares, como nodos de la interacción, en las ciudades adquieren nuevos rasgos. Los patrones de interacción son cada vez más complejos, de poca interacción cara a cara. Se modifican los procesos de trabajo (subcontratación, informalidad, e-oficina, entre otros). La trama urbana está sostenida en la heterogeneidad de divisiones del trabajo en territorios mosaico, poliédricos, con la extensión de la comunicación multimodal, en un mundo atravesado de incertidumbres de futuro y vacíos de pasado. El crecimiento de la aglomeración poblacional produce alta densidad y diferenciación, pues no existe forma de proporcionar servicios urbanos de nivel sin zonas de alta densidad, en las cuales se expresan las desigualdades. Las áreas urbanas se segmentan según la funcionalidad glocal, renovándose las actividades hegemónicas principalmente, y en pendiente de deterioro las excluidas. La intensidad de los flujos, su heterogeneidad y relocalizaciones otorgan un rol fundamental a la producción de espacios, bienes y lenguajes simbólicos, en

una pugna socioterritorial por los espacios públicos, ante la desappropriación y crisis de significación de una ciudad ajena e insegura para sus contrapuestos habitantes.

Las redes territoriales —su economía de la velocidad, la incertidumbre temporal y la pugna de racionalidades— producen al sujeto social fragmentado, que trata de ser homogeneizado para la reproducción de la hegemonía dominante en la globalización. El *sujeto fragmentado*, atado al presente, pierde capacidad activa para organizar su pasado y proyectar futuro en una experiencia coherente, por lo cual su producción es colección de fragmentos, práctica fortuita de lo heterogéneo, fragmentario y aleatorio, con sentido de escritura esquizofrénica. Jameson retoma esta concepción lacaniana de la esquizofrenia, y señala que ofrece un modelo muy sugerente de análisis al asumirla como ruptura en la cadena significante, al constituir un significado que produce una amalgama de significantes y sin relación entre sí. Cuando somos incapaces de unificar el pasado, presente y futuro de la frase, somos igualmente incapaces de unificar los tiempos de nuestra propia experiencia biográfica, y así se da en la práctica social. Al romperse la cadena del sentido, el esquizofrénico queda reducido a una experiencia puramente material de series de meros presentes carentes de toda relación en el tiempo. Al existir en los lugares intencionalidades múltiples en esta ruptura de cadenas de significantes, los sistemas de objetos y las prácticas sociales, especialmente entre las fuerzas que buscan plusvalías fugaces sistémicas y las que pugnan para “endogenizar” el desarrollo, se genera la tensión para superar la esquizofrenia del lugar y lograr la dialéctica del territorio con la que el sujeto reconstituido produce su historia.

Las nuevas centralidades corresponden a estas nuevas urbes. La disputa social tiene uno de sus ejes de las operaciones de control y gestión de los territorios, ante las nuevas localizaciones globales. La segmentación reformula viejas y nuevas centralidades en espacios global-locales urbanos, con centros y márgenes heterogéneos, en territorios discontinuos.

Los estudios sobre *centralidades históricas* en el Perú que reúne esta publicación expresan, cada uno desde su propia perspectiva, los avances y urgencias de este necesario enfoque multidisciplinario. Veamos las ideas básicas de cada uno, reseñando sus planteamientos, en orden a los temas que se plantean en el reconocimiento de las centralidades históricas, nuevas y antiguas, en el Perú.

*Centralidades regionales y jerarquías urbanas:
sistema de centralidades urbanas en el Perú*

En este estudio, Luisa Galarza Lucich y Cecilia del Castillo presentan los cambios fundamentales en los sistemas urbanos y regionales del territorio peruano, como marco para la identificación de las dinámicas de sus centralidades.

Analizan cómo, en menos de cien años, la población peruana se ha trasladado del espacio rural al espacio urbano. Tres cuartas partes de la población peruana se localizan en conglomerados o centros urbanos. A este proceso lo consideran la base de la configuración de centralidades históricas y funcionales.

Indican que, al acentuarse el proceso de urbanización en el Perú, se acentúa la tendencia a la concentración de población en escasos centros urbanos, en un territorio muy extenso, sin generar sistemas que apoyen el desarrollo de este territorio, propiciando una desigual ocupación de un espacio sumamente extenso, principalmente en la sierra y selva, lo que no permitirá desarrollar actividades económicas que aprovechen el enorme y variado potencial de recursos naturales en estos territorios. Al mismo tiempo, en relación con las ciudades, señalan que viven el desarrollo de nuevos lugares centrales, principalmente con el desarrollo de centros comerciales y de esparcimiento. Es necesario evitar su disposición como “fragmentos aislados” en los centros urbanos principales, sin relación entre las partes y con discontinuidad con el contexto urbano, porque generaría disfuncionalidades de servicio con el consiguiente detrimento del potencial que una centra-

lidad debe ofrecer en el nuevo contexto de consolidación de los centros regionales y macrorregionales.

Las nuevas centralidades, impulsadas desde la década de los años noventa, las caracterizan como resultado de la privatización, desregulación, apertura de las economías nacionales a empresas extranjeras y la creciente participación de actores económicos nacionales en mercados globales. Señalan que esta nueva configuración de territorios estratégicos se articula con el nuevo sistema global, lo que, sin embargo, no contribuye a extender las ventajas de esta relación a un sistema de centralidades internas a favor del desarrollo urbano nacional.

Asumen el sistema urbano como la principal expresión territorial del desarrollo nacional y de sus distintas regiones. Las “nuevas centralidades” las consideran a nivel de conglomerados que configuran “áreas metropolitanas”, en los ámbitos regionales y macrorregionales. El concepto de nuevas centralidades está referido a la naturaleza compleja de las interrelaciones entre funciones de los núcleos urbanos, que requieren ser abordadas en conjunto con respecto al área metropolitana, centro urbano polinuclear o conglomerado, para establecer propuestas integrales que permitan superar la fragmentación de los centros urbanos o conglomerados que se ha mantenido en las estructuras urbanas, especialmente en los centros macrorregionales, hasta la fecha.

Considerando las diferencias espaciales en la distribución de centros urbanos, tanto en los ámbitos macrorregionales como de regiones naturales, establecen una jerarquización de las centralidades según la siguiente categorización: Centro principal macrorregional; Centralidades urbanas y metropolitanas (históricas o recientes); Centralidades urbano-regionales secundarias; Centralidades de servicios locales.

Plantean la necesidad de analizar la evolución de las centralidades metropolitanas hacia el modelo de *urbe global*. Así, en el nuevo ordenamiento urbano nacional y los sistemas macrorregionales, las principales ciudades, medias o intermedias, deberán estar en condiciones de competir con los centros principales o nodos “ordenadores” de las grandes

urbes, desarrollando sus propias estrategias de supervivencia, y con atractivos para la vida humana que no ofrecen las grandes metrópolis.

Plantean que debe considerarse, sin embargo, que la tendencia creciente hacia la democratización de las decisiones sobre planificación territorial, en un escenario de desarrollo de competencias globales, no podrá darse, como en décadas anteriores, como respuesta a los intereses de los grandes centros decisorios, sino optimizando la relación de los centros urbanos con las potencialidades de su territorio.

Diversidad de zonas urbanas con valor cultural frente al desarrollo urbano actual

Juan Julio García Rivas plantea algunos criterios para analizar el valor cultural de zonas urbanas en relación con las centralidades. Señala que, por lo general, el crecimiento urbano ha generado un aislamiento de los centros históricos al interior de la dinámica de la ciudad que lo contiene, causando desencuentros y desigualdades en la gestión del territorio. Critica la no consideración y abandono de la protección de los valores que la diversidad cultural expresa en un sistema simbólico compuesto por diversas expresiones materiales e inmateriales, formando la imagen particular de cada lugar.

Señala que las zonas urbanas de valor cultural, en especial los centros históricos, se encuentran desarticulados de otras partes de la ciudad, perdiendo su carácter de contenedor de lo cotidiano y lo común, con lo que el valor e importancia simbólica del espacio público está desapareciendo. Realiza una mirada histórica de las zonas urbanas de valor cultural.

Para el período inca señala que la idea de territorio y la ocupación del suelo se caracterizan por una concentración de grupos en núcleos de poder administrativo y religioso, mientras la mayoría vivía en la periferia de manera dispersa, privilegiando el uso del suelo para la agricultura que era la base de subsistencia económica por excelencia.

En la Colonia, los conquistadores impusieron reformas y una política cultural que tenía como primer objetivo destruir a la otra cultura que se hallaba en los Andes. Sin embargo, en la práctica, las ciudades materializaron una serie de experimentos, dejando de lado teorías y ordenanzas, con la intención de ser más eficientes en el afán dominador español. Señala tres características al respecto, como expresiones que considera son de la diversidad y la resistencia. Primera: el pensamiento renacentista reinante en España durante la época del inicio de la conquista en América. Este trae la idea de una ciudad jerarquizada, fortificada, amurallada y preparada para la guerra; ejemplos de este pensamiento lo demuestran los grabados ideales de las ciudades de América que eran dibujadas en Europa. Segunda: ordenanzas de Felipe II y las del virrey Toledo. Estas marcan el destino de las ciudades al definir la estrategia de dominio y consolidar un nuevo sistema de manejo y control político, social y religioso. Se crean las *encomiendas*, las *reducciones* y, a la par, se consolidaron las ciudades de españoles, en un lento y extenso proceso de creación y fortalecimiento de nuevas ciudades. Tercera: el pensamiento de la resistencia. Se refiere a que se forman en las ciudades verdaderos mapas simbólicos ocultos, aún no explorados. Comenta que, en la actualidad, muchas fiestas andinas ancestrales recobran vigencia, en donde la utilización del espacio y la interpretación de la ciudad son distintas. Formula la urgencia del estudio del valor simbólico del espacio público, que es fundamental para comprender estos pensamientos subyacentes a un simple trazado urbano. A partir de estas tres características superpuestas, señala que los valores urbanos de las diversas ciudades reduccionistas o encomenderas tienen como base la diversidad y la complejidad endógena de su formación.

En relación con la República, indica la continuidad de las ciudades españolas coloniales que se establecieron como ciudades administradoras del proceso productivo y administrativo republicano; la mayoría de ellas son denominadas capitales de provincia. Observa que en el nuevo sistema geopolítico se manifiesta gran diferencia de oportu-

nidades entre las ciudades de la costa y la sierra. Al margen, el resto de pueblos, en su mayor parte de indios, seguirán siendo lugares exclusivos de producción de mano de obra, es decir que el rol de estos centros poblados no cambia sustancialmente. Sobre la base de este patrón urbano colonial, se incorporan los elementos del urbanismo industrialista, europeo y americano.

Considera que, a partir de la Segunda Guerra Mundial, cambia el paradigma de desarrollo para la hegemonía del norteamericano. El Perú, con base en este nuevo modelo, realiza mejoras de las ciudades y reformas urbanas. Incluye nuevas ideas con modelos más pragmáticos, nuevos barrios y las grandes avenidas. Pero si bien la mayor tecnificación obliga a una mayor homologación y homogeneización de las actividades, las diferencias y las brechas culturales se abren aún más. Este cambio de paradigma y sus efectos hace necesario afrontar y proteger la particularidad de nuestro patrimonio cultural que se encierra en nuestros pueblos y ciudades, en especial en los centros históricos y zonas de urbanas de valor cultural. Plantea, para ello, un trabajo paralelo de reconstrucción de redes sociales en los centros históricos y zonas urbanas de valor cultural.

Las ciudades o pueblos alejados deben reafirmar su particularidad cultural a la par de su inclusión en la dinámica de producción e intercambio; la planificación deberá dar la posibilidad a estos lugares de conservar sus valores sociales y urbanísticos. La debilidad y fragilidad de las redes sociales frente a la una modernidad “desarticuladora” debe ser tomada en cuenta para cualquier trabajo de gestión urbana. Señala que nuestras ciudades poseen un sinfín de símbolos que, combinados, forman un lenguaje que las hacen particulares, diversas y singulares. Considera que no se puede cambiar este sistema semántico por uno más común que todo el mundo pueda descifrar, pues la ciudad es producto de la diversidad y se debe proteger como tal sin dejar de usar patrones de integración básicos y esenciales.

No solo se debe registrar, proteger y difundir por separado la producción cultural edilicia o urbana (material) de la producción inmaterial; hoy más que nunca se deben cuidar los sistemas más complejos

donde lo material e inmaterial se hallan íntimamente relacionados; se debe entender de una vez por todas que la manifestación cultural es material e inmaterial al mismo tiempo. Esta es, posiblemente, la única estrategia efectiva de conservación de las manifestaciones culturales que nos permitirá promover y manejar el libre desarrollo de la diversidad frente a al mercado “homogeneizador” y frente a la administración pública y normatividad “indiferente”.

Propone planificar nuestras ciudades con base en la diversidad de nuestras zonas urbanas de valor cultural, llámense centros históricos, zonas monumentales, entre otras. Es de suma necesidad replantear las estrategias de organización y planificación territorial, las cuales deben refundarse sobre la base de los valores endógenos diversos que responden a cada lugar y a cada pueblo del Perú, que no por gusto es uno de los más diversos, natural y culturalmente, en todo el mundo. Las gestiones locales del territorio deben dejar el sistema de planificación totalizador y estereotipado que se ha hasta el momento.

*Colonizados, globalizados y excluidos en
las grandes transformaciones de Lima*

Roberto Arroyo Hurtado y Antonio Romero Reyes dan cuenta de los grandes cambios acontecidos en la urbe limeña en el contexto del país y la globalización económica, estudiando los hitos transicionales que parecen más significativos. Ilustran el tema con un estudio en el ámbito específico de Lima norte. Sobre esta base, formulan una exposición crítica del modelo de “gestión municipalista” predominante, planteando nuevas preguntas para la reflexión o indagación.

Parten de una crítica decolonial a las categorías eurocéntricas. Toman distancia, por ejemplo, de proposiciones que dan cuenta de “la existencia de una multitud de centros pequeños, representados por las decenas de huacas”, que a su vez conformarían una red que habría desarrollado un centro tardío. Recuerdan que las categorías implicadas en la cosmovisión andina son *chaupi* y *tincuy* (Cerrón y Palomino,

2002),² *medio y encuentro*, respectivamente, las que connotan otro sentido diferente al de centro, en el análisis espacial occidental.

El reto que formulan busca reconstruir el modo en que esa lógica o esas lógicas de globalización, dominación, especialización, privatización y migración urbana se anudan, tendiendo a la polarización entre una élite ciertamente más heterogénea y menos nativa que no reside en Lima, y la mayoría que proviene expulsada del campo serrano principalmente, aunque matizada por situaciones intermedias emergentes. Ponen énfasis en que esa élite y las posiciones que la sostienen siguen siendo subordinadas a espacios menos visibles por la fluidez y volatilidad de los espacios que trae la globalización. Consideran que esas tensiones y sus conflictos, latentes y/o manifiestos, dejan entrever las posibilidades de cambio de la política de gestión urbana en el sentido más amplio, así como para la transformación de la gestión del territorio que reconozca los avances en la constitución de una ciudad descentrada que abra la posibilidad de descentralizar los poderes que existen y que avanzan a su privatización cada vez mayor.

Afirman que, con la globalización, las ciudades fueron transformando sus roles así como reconfigurándose. Señalan que la categoría “ciudad global” permite vincular y replantear el concepto clásico de “ciudad”, adscrito a la noción de Estado-nación, con respecto a la economía mundializada. Lima se encaminó hacia una nueva configuración sociocultural y urbana, que identificamos como *policentralidad*. Tan importante como la emergencia de nuestra megaurbe con varios centros, se plasmó la redefinición del centro tradicional y su adecuación a las nuevas dinámicas de la globalización económica.

La globalización impactó sobre la configuración socio-espacial previa de Lima, contribuyendo a la redefinición del carácter, tendencias y procesos, así como las orientaciones de los agentes y actores que en allí se desenvuelven. La potencialidad que encierra la policentralidad como una opción posible para Lima, desde sus propias dinámicas internas y locales, señala que choca con la persistencia y resistencia del cen-

2 Para esta y próximas referencias, remitirse a cada uno de los artículos en el libro.

tralismo, expresado espacialmente en el llamado centro triangular (Romero, 2004: 73). La imagen del “centro triangular” la utilizan solamente para representar espacialmente el centralismo limeño. Mediante ella, se designaba un área socio-espacial que concentra los principales centros de decisión política, industrial y comercial-financiera del país (Gonzales, 1992: 104). Enfatizan que dicha imagen tiene actualmente un limitado poder explicativo para dar cuenta de las dinámicas económicas, sociales y urbanas, concomitantes con la influencia de la globalización desde finales de los años noventa e inicios del siglo XXI, el deterioro y desvalorización del centro histórico, el surgimiento de nuevas centralidades en la ciudad y otros procesos.

Como ejemplo de esta policentralidad presentan a Lima norte. El examen de la distribución de actividades al interior de los distritos, por zonas territoriales, les permite develar un patrón de concentración/aglomeración de actividades económicas, que sigue a la densificación urbana, se repite en todos los espacios emergentes y responde en último término a las dinámicas metropolitanas. Es decir que el mayor dinamismo económico (productivo, comercial y de servicios) tiende a priorizar su localización en los principales ejes viales, que a nivel de Lima norte son la Panamericana Norte y la avenida Túpac Amaru, así como ejes articuladores complementarios como las avenidas Universitaria, Belaúnde, Gerardo Unger y otras. El dinamismo se vuelve gradualmente menos intenso desde dichos ejes hacia el interior de los distritos, donde las actividades muestran una gran dispersión en la medida en que las áreas son más residenciales, acentuándose, al mismo tiempo, el predominio de los negocios tipo bodegas o minimercados, según la zona, excepto, por ejemplo, en aquellos lugares donde se ha instalado un supermercado o que son próximos a éste.

Señalan que el problema con dicho patrón de localización y concentración consiste en que no genera centralidades ni lugares centrales; responde más bien a economías de urbanización de alcance metropolitano, fuertemente asociadas con la existencia de un determinado bien público (en nuestro caso, grandes vías, carreteras o ejes viales de alcance interdistrital). En Lima norte, ninguna de las caracterís-

ticas de la centralidad urbana se presenta de manera clara en distritos individualmente considerados. A nivel de Lima norte, la única centralidad que se ha desarrollado con algunas de las características señaladas se halla localizada en la zona industrial de Infantas, alrededor de la actividad metalmecánica (Gutiérrez y Van Hulsen, 2004).

De su estudio concluyen que *Lima es una megarbe policéntrica y el centro se ha recompuesto*. Se ha perfilado una nueva territorialidad urbana y se ha producido el cambio en el tejido socioeconómico, debilitando, en consecuencia, la centralidad del centro triangular y apuntando más bien *la policentralidad como el proceso más relevante*. En el nuevo patrón de dinamismo urbano, son las dinámicas del capital las que han pasado a liderar el desarrollo y expansión de la ciudad en la forma de inversiones comerciales, en infraestructura urbana y en servicios, privatizaciones y concesiones, nuevas localizaciones productivas y cadenas de establecimientos.

Al decir “centro” aluden al lugar y al componente clave del sistema. En lo que respecta al lugar, el centro triangular deja de ser tal. El eje del antiguo cordón industrial que penetraba en la provincia del Callao se ha debilitado notoriamente por los cambios en la base económica metropolitana. En el eje donde se asienta la sede del poder político –Gobierno nacional y Municipalidad metropolitana– el centro histórico ha dejado de ser el centro con relación a nuevas centralidades en la ciudad, como el eje San Isidro–Miraflores, que concentra el 45% de las agencias bancarias. La constelación de bancos y comercio de productos de marca en este vértice se ha consolidado donde se encuentran, además, los distritos con mayor desarrollo urbanístico. En San Isidro, más de 100 organizaciones públicas y privadas internacionales tienen sus representaciones. Dinámicas y lógicas diferenciadas comienzan a fragmentar el centro triangular.

En lo respectivo al carácter y componentes clave de las nuevas centralidades, concluyen que lo político, lo económico, lo cultural o lo urbano carecen de la capacidad de generar una función de centralidad que garantice una actuación donde la autonomía y el desarrollo auto-centrado sean sus rasgos predominantes. Las centralidades emergentes

están prefiguradas en los emprendimientos económicos locales que han logrado catalizar un territorio diferenciado y que empieza a tornarse en comunidad imaginada.

La transformación de estructura y significado del centro de Lima. Tres aproximaciones

En su estudio, Kathrin Golda-Pongratz resume y adelanta un importante trabajo de tesis doctoral, formulando la importancia de tres aproximaciones histórico-metodológicas sobre el centro histórico de Lima, relacionando territorios, estructura social y prácticas de sentido.

La primera aproximación busca el encuentro teórico-histórico de la *estructura* urbana y *territorio*. Lo descubre y analiza en los orígenes indígenas de Lima y el rol de sus huellas en la ciudad del presente.

Citando a Alison y Peter Smithson, recuerda que el cuño del territorio es un hecho fundamental que constituye y determina el estilo de una época. Las sucesivas capas de huellas en el territorio dibujan, si se quiere, el carácter objetivo de un lugar, de una ciudad. Plantea como hilo conductor la búsqueda por las huellas prehispánicas, desaparecidas de la conciencia colectiva, para explicar ciertas rupturas en el tejido urbano. Destaca que en la historiografía peruana se hace poca referencia a la preexistencia de un asentamiento humano en el lugar donde entonces los españoles fundaron la ciudad de Lima. Los caminos y redes de agua del territorio de Lima son el fundamento para esta primera aproximación.

Cita al historiador y filósofo Guillermo Lohmann Villena y al arquitecto Juan Günther Doering, quienes hacen una descripción de la historia de asentamiento de la “comarca de Lima”: la llegada de los primeros moradores “hace aproximadamente 140 ó 180 siglos”, la época arcaica, los tiempos de las culturas Chavín y más tarde Maranga, de la cual data un sistema de riego, que tuvo su bocatoma detrás del actual Palacio de Gobierno. Todavía es posible distinguir el lecho de un segundo canal, el Canal de Huatica, en el tejido de la ciudad con-

temporánea. Entre las bocatomas de ambos canales se manejaba el abastecimiento de agua del entero triángulo entre Callao, Lima y el puerto pesquero Chorrillos. “Este pequeño complejo, de organización colectiva, fue el origen del centro de Lima actual” (Günther y Lohmann, 1992: 23-30).

Sigue esta pista territorial epistemológica y traza su diseño básico. Señala que para llegar a la bocATOMA del río Huatica y a los valles vecinos, los Maranga trazaron dos caminos que hoy en día forman los jirones Junín y Ancash, partiendo desde la actual Plaza de Armas hacia el este, dejando sitio al cerro de El Agustino. Entre camino y río levantaron un estanque triangular de agua que posteriormente fue utilizado por los conquistadores y con el tiempo se convirtió en la actual Plaza de Bolívar al lado del Congreso.

El Canal de Surco, el más largo y más perfecto de su género, define hasta hoy el curso de la Vía Expresa desde el centro hacia el sur. También otros caminos trazados por los Wari persisten, como el camino paralelo al río Rímac que, partiendo de Callao, seguía por los jirones Quilca y Miro Quesada hasta llegar a Cinco Esquinas, donde se juntaba con el Jirón Junín y seguía hacia el valle del Rímac (Günther y Lohmann, 1992: 30).

Insiste que “antes de la fundación española de la Ciudad de los Reyes, o Lima, el centro actual era una encrucijada de caminos y el punto de distribución del agua para toda la parte baja del valle, un triángulo conformado por Lima, Callao y el oeste de Miraflores” (Günther y Lohmann, 1992: 38). El Camino del Inca, el eje vial más importante, cruzaba el valle en línea recta de sur a norte, partiendo de Pachacamac, pasando por los arenales de Villa El Salvador, siguiendo por las avenidas Tomás Marsano y Panamá hasta el cruce con Javier Prado, por la Vía Expresa hasta la Plaza Grau. Ahí se pierde debajo de la cuadrícula española y vuelve a aparecer en el otro lado del río, en forma de la Avenida Tupac Amaru, siguiendo la antigua carretera a Ancón hasta Pasamayo, para dirigirse a Chancay y seguir a Quito.

La segunda aproximación se sustenta en una formulación teórica metodológica estructural, en este caso, la verticalidad constructiva y

otros aspectos que señala provienen de la herencia colonial y moderna a fines del siglo XX, como elementos en coexistencia e identidad.

Recuerda que desde su fundación por los españoles, Lima es una ciudad que se orienta hacia más allá de los límites de su territorio y está determinada por influencias exteriores. La historia de Lima es también la historia de un conflicto permanente, que se hace visible en el encuentro de estructuras prehispánicas, coloniales modernas y postindustriales que no llegan a una armonía espacial. La herencia de la modernidad es actualmente la herencia de un gran vacío, dejado después de que las grandes empresas se hayan retirado del centro a partir de los años ochenta, y buscado territorios más representativos, seguros y prósperos dentro de la zona metropolitana. Los edificios modernos, parcialmente abandonados y dejados al olvido, casi no forman parte del discurso de protección monumental.

Precisa que la tendencia a la verticalidad transformó el carácter y la escala del centro más que el lenguaje formal moderno. En la ciudad vertical se perfilan claramente las obras coloniales de uno y dos pisos con su estructura de patio. A pesar de ello, la altura no trasmite la sensación de estrechez, como ocurre en otros centros en los que abundan las construcciones de muchos pisos. La destrucción de la estructura urbana aparece donde no armonizan los usos, donde falta el diálogo entre las estructuras y donde las fracturas y los saltos de escala de la retícula ya no corresponden a la ciudad colonial. Rememora que en contra de la propuesta de J. L. Sert de reunir ministerios y oficinas de la administración en un área marginal del centro, formando así un nuevo espacio urbano con un centro nuevo, se distribuyeron edificios de ministerios de muchos pisos sobre la ciudad antigua. En los años cincuenta, se crearon edificios monumentales en arterias ampliadas en medio del damero de Pizarro, construcciones que representan el poder del Estado, como el Ministerio de Educación (1951) de E. Seoane Ros y el Ministerio de Economía (1953) de G. Payet.

El espíritu de la renovación y de la modernidad llegó al Perú por primera vez con el pragmatismo imperial español, el plano racional de retícula y las estrategias de cristianización de las órdenes cristianas que es-

estructuraban el espacio. El Renacimiento clasicista-español que se extendió desde principios del siglo XVI sobre el territorio incaico, fue el comienzo de un proceso de modernización que en sus inicios tuvo una gran sensibilidad para la tectónica, como por ejemplo en los complejos de haciendas en el altiplano, que se unieron con las estructuras existentes formando nuevos conjuntos económicos y espaciales (Cooper, 1999).

La tercera aproximación hace una interpretación de las relaciones urbanas entre centro y metrópoli, en las reglas espaciales de la Colonia, identificando dependencias recíprocas y adaptaciones del centro histórico y la periferia expansiva en Lima metropolitana.

Formula que la idea de ciudad impuesta por los conquistadores —el tejido racional del damero de Pizarro por un lado y las dimensiones y el rol de una Plaza de Armas por otro— determina el concepto espacial de los peruanos y su idea de lo urbano. La ciudad sin planificación surge a partir de los conceptos del rígido esquema impuesto por la Colonia y justifica y consolida sus primeros reclamos de ciudadanía. En el fondo, este desarrollo ya empezó a seguir su curso en el siglo de la conquista. En 1568, la Corona española dio el orden al virrey en el Perú, Francisco Toledo, de unir a todos los asentamientos indígenas a través de una reducción general, que el virrey cumplió con toda escrupulosidad; así se inició una transformación profunda del esquema urbanizador peruano en la segunda mitad del siglo XVI (Schmieder, 1930).

Plantea que el significado, no solo del cuño directo sino también indirecto, constituido por el damero español como parte de la concepción espacial del Perú urbano y rural es un motivo fundamental del desarrollo espacial. La estructura de la ciudad fundacional está en clara relación con su reproducción atopográfica en la periferia, tanto en Lima como en otras ciudades peruanas. El proceso barrial del siglo XX es una consecuencia de la terca existencia de estructuras coloniales sociales y territoriales en el Perú contemporáneo. Unos desequilibrios sociales y raciales muy marcados, la falta de oportunidades de desarrollo para la población rural y mestiza frente a las élites blancas urbanas han provocado y siguen causando un éxodo hacia la capital. Catástrofes naturales como terremotos, desprendimientos masivos de tierra o

el Fenómeno de El Niño, las consecuencias de la reforma agraria de los años setenta, la violencia del movimiento terrorista Sendero Luminoso y la contraviolencia militar y paramilitar de los años ochenta y noventa han ido mutilando la vida rural hacia un estado de pura sobrevivencia.

Relaciones y rupturas, efectos viceversa entre el centro y la periferia determinan las dinámicas urbanas de Lima. Establece una dependencia mutua entre los asentamientos suburbanos y la ciudad antigua consolidada, que consiste en el movimiento de personas, el intercambio de productos y servicios y en una adaptación física más allá de valores históricos y arquitectónicos. El cambio de escala causado por la verticalización del centro colonial y de los nuevos barrios residenciales de clase media y alta, tal como la expansión de la urbe que rodea a la ciudad consolidada, son procesos continuos ante los cuales la planificación debe reaccionar. Los retos mayores deben ser el control del crecimiento horizontal y vertical, y la conexión y comunicación razonables entre las diferentes formas de ciudad.

Respecto al significado estructural del núcleo de la ciudad dentro del conglomerado metropolitano, destaca, aparte de la flexibilidad que ofrece el tejido colonial del damero de Pizarro, el enorme potencial de desarrollo de espacios no construidos en pleno centro. Los vacíos son, o huellas de la modernización, o huecos que deja el derrumbe de estructuras de adobe coloniales por falta de mantenimiento y cuidado. El rol del centro, respecto a la densificación y a la aportación de modelos alternativos frente a la costosa e insostenible expansión horizontal, no ha sido considerado suficientemente hasta ahora, ni tampoco se han investigado las posibilidades y los peligros de los predios y edificios que se encuentran vacíos en él: un total de 1,5 millones de metros cuadrados de espacio no construido en el núcleo histórico se enfrenta a la alfombra de ciudad periférica poco densa y sostenible en constante expansión. En metrópolis como Lima, donde la expansión horizontal contrasta con una densidad media baja y donde los espacios libres son raros, es indispensable considerar la densificación y analizar al territorio urbano y sus respectivas capacidades.

Lima: poder, centro y centralidad. Del centro nativo al centro neoliberal

Wiley Ludeña reflexiona sobre las problemáticas de sedes de su enunciación. Considera que no hay centro y centralidad sin interpretación política, económica, social, cultural o simbólica, lo que le otorga al problema una dimensión compleja. Entre centro real y discurso sobre la centralidad existen una multiplicidad de lecturas y enfoques. No es lo mismo referirse al centro y la centralidad desde las fronteras de la periferia, como tampoco lo es convertir en reflexión el tema del centro desde las entrañas de su territorio. Y tampoco nunca será igual “retoricar” el centro desde los intereses de los que precisan urgentemente un hito de referencia, casi en los mismos términos de Valdelomar y de los que detentan otros poderes, que referirse desde un contexto que no precisa de formas centralizadas de autorepresentación.

Sostiene que el centro y la idea de centro es una forma de construcción histórica, práctica e ideológica, que se origina y se produce como expresión de las demandas de reproducción social, económica, política y cultural de determinados sectores en su experiencia de producir ciudad. Por ello, el valor o desvalor de los centros para el conjunto de la población y la ciudad, su evolución, apogeo u ocaso, así como su ampliación física o transformación funcional son consecuencia, en última instancia, de la lógica de reproducción de estas demandas y los condicionamientos cuantitativos referidos a la población y la extensión superficial de la ciudad.

Señala que la historia de Lima es un buen ejemplo para reconocer la naturaleza compleja y dinámica de la constitución histórica de una centralidad autosuficiente y confrontada consigo misma y con sus espacios de alternancia. Es un buen ejemplo para observar, también, las relaciones de correspondencia entre centro y sociedad (y ciudad) institucionalizada, entre centro y dinámica autoritaria y/o democrática en la construcción social de la ciudad. Enfatiza, en un sentido, la historia del Perú republicano y, por consiguiente la historia de Lima, ha sido y es la historia de un discurso recurrente sobre un centro siempre esquivo. Es la historia permanente de un discurso interesado por

inventar un “centro” que ordene y pueda dar sentido a las aspiraciones de legitimación social y política de los diversos sectores sociales del país. Por eso, hacer república ha sido en el Perú y Lima sinónimo de buscar y construir, de manera precaria, un centro en la exacta dimensión de una tradición autoritaria (civil y militar), siempre insegura en virtud de su origen y legitimidad.

Afirma que en sociedades y ciudades desinstitucionalizadas, desprovistas de identidades constituidas, de redes sociales organizadas y de una sociedad civil fortalecida, la búsqueda y retórica del centro (o de muchos centros) ha supuesto la afirmación de un territorio dispuesto bajo el control de un orden dominante. Concluye que el centro, antes que un punto de llegada es un punto de salida para legitimar la expansión del poder económico y social de turno. Esta es la historia de la sociedad y de la ciudad peruana o latinoamericana.

El autor presenta sus acercamientos en una evaluación de la historia de Lima: señala la ciudad como continuidad espacial prehispánica y colonial. En un amplio territorio, la red urbana llegó a poseer en una fase tardía un “centro” de mayor significación en el que se encontraban ubicados la residencia de Taulichusco, el cacique de la cultura Lima, una huaca para la casta sacerdotal y las ofrendas colectivas, así como el punto de control de aguas para regar parte del valle. Era un centro político, religioso y de control productivo. Una de sus tesis básicas es que la ciudad colonial se erigió en este mismo centro. Se superpuso rigurosamente sobre la trama preexistente con los signos de la misma violencia cultural de casos similares, como el Cusco o Cajamarca. El centro de Taulichusco sería el centro de Pizarro. La parcela ocupada por la huaca nativa sería reemplazada por la catedral católica. La antigua cancha sería reciclada por la plaza ortogonal hispánica. Puede así afirmar que el poder y la racionalidad eurocéntrica del yo conquistador erigidos sobre la preexistencia conquistada. Los principios de un orden ideal renacentista impuestos sobre un orden nativo mitopoético y topológico.

Luego el autor establece tres momentos en la historia urbana de Lima. Es ilustrativo un resumen de las mismas.

Primer momento. El centro “centro-ciudad”. Este centro corresponde a la estructura de la Lima colonial pero que consigue extenderse hasta las primeras décadas del período republicano, concretamente hasta el momento de la demolición de la muralla en 1872. Durante este período, como había sucedido con la Lima colonial, lo que hoy se conoce como el centro de la ciudad constituía la ciudad misma. En este contexto, la idea de un previsible “centro-centro” estaba identificada con el área de la Plaza Mayor que concentraba las instituciones del poder fáctico: el gobierno, la iglesia y el poder económico. El proceso de los primeros ensanches, la urbanización del suburbio y el éxodo hacia los balnearios del sur iniciado tras la demolición de la muralla, terminaría por relativizar la idea de centro-ciudad para establecer nuevas fronteras entre las nociones de centro y ciudad. A finales del siglo XIX, el centro de Lima había dejado ya de ser la ciudad para convertirse solo en un espacio con determinados atributos respecto a una ciudad que poseía ya otras fronteras y funciones.

Segundo momento. El centro *Center Business District*. Este es un centro que empieza a formarse a inicios del siglo XX como producto del programa urbanístico de la llamada “república aristocrática”. Su vigencia se extiende hasta comienzos de la década de los años setenta, cuando el centro dejó de contar con la base económica y las instituciones financiero-comerciales que mantenían las funciones del principal centro financiero y comercial de Lima. Durante este período, es posible advertir la existencia de cuatro fases relativamente diferenciadas por la progresiva reducción de su estructura multifuncional y el grado de legitimidad respecto al conjunto de la población limeña.

El nuevo centro prefigurado por el Plan Piloto debía ser un centro coherente con una ciudad de 1.650.000 habitantes como población límite. La propuesta del Plan Sector Central debía corregir aquello que constituía sus principales problemas: el hacinamiento de las viviendas, la ausencia de espacios libres y la congestión de usos, tránsito y personas. La propuesta contempla, entre otras medidas, la continuación del ensanche de vías perimétricas (avenida Bolivia, avenida Abancay y el Male-

cón del Rímac), el reordenamiento del tránsito en la trama de vías centrales y la creación de gigantescas bolsas de estacionamiento a menos de 200 metros de cualquier zona del centro, así como la formulación de un Reglamento de Conservación del patrimonio de “verdadero interés arquitectónico”. El Plan prescribe la completa prohibición del llamado “estilo colonial” en los edificios, debido a que con ello “se realiza una obra anacrónica creando un ambiente de incertidumbre”.

Tercer momento. El centro tras el *centro histórico*. Es un período no concluido aún. Se inició a mediados de los años noventa. Los rasgos principales de esta fase son una ciudad que así como aspira a expandirse de manera horizontal y difusa, también empieza a “reutilizarse” a sí misma para redefinir las bases del patrón tradicional de crecimiento; y que también trata de realizar en los últimos diez años un notable esfuerzo para resignificar nuevamente el valor del centro histórico.

El autor se pregunta ¿cómo refundar un centro si el poder que lo requeriría para lograr auto representarse lo hace muy bien en sus múltiples centros móviles de poder como el nuevo barrio financiero de San Isidro, los nuevos *malls* de los años noventa y los centros mediáticos del sur de Lima? Los cambios producidos dejan más interrogantes que certezas.

Estas reflexiones sustentan su tesis principal de los dos momentos básicos de modelos urbanos en Lima, que corresponden a su relación global-local y a las relaciones de poder entre sus actores principales. Es Lima que va de la ciudad liberal de la oligarquía a la ciudad neoliberal neopopulista. En función de que el liberalismo librecambista ha sido la base dominante de la economía peruana republicana, y éste es el régimen de base en el desarrollo de las ciudades y la constitución de sus estructuras de centralidad, resume la historia en dos grandes tipos de centros: el “centro liberal” de inicios de la República y su versión más acabada en el proyecto urbano de la “república aristocrática”, y el “centro neoliberal” neopopulista de finales del siglo XX. Las presenta como dos versiones de una misma matriz que viene en el

Señala que el liberalismo criollo optó por construir una ciudad como tierra de nadie en la que la lógica de la iniciativa individual y el capital rigieran los destinos de la ciudad. Para establecer diferencias con el control colonial de la ciudad, la ciudad del liberalismo criollo debía optar por el modelo ilustrado de desacralización del espacio urbano en sus fundamentos religiosos (moral pública y privada, cotidianidad urbana, hitos de referencia urbana, entre otras), así como de construcción de una idea unitaria de ciudad representativa laica, higiénica, positivista y burguesa en oposición radical a los espacios históricos del poder colonial.

El centro limeño de esta ciudad del liberalismo criollo representa, al menos en su versión oligárquica de la primera mitad del siglo XX, esta demanda liberal por construir un espacio de representación colectiva pero con claros fines de legitimar la estrategia liberal de expansión de la ciudad (todas las nuevas y grandes avenidas de inicios del siglo XX parten (y se dirigen) del centro de la ciudad), y marcar la escisión de la ciudad civilizada y la ciudad salvaje de los pobres. El centro ya no es el espacio colonial de convergencia social. Precisa su transmutación: el nuevo centro liberal es el espacio donde empieza realmente la exclusión social.

Luego muestra los cambios. Señala que si el liberalismo criollo de comienzos del siglo XX optó con sus propias ambivalencias por un centro de representación autoritaria en clave de estética urbana neobarroca, este siglo se cierra con los esfuerzos de un programa de “recuperación del centro” enmarcado por un discurso neoliberal desde el punto de vista económico, político y cultural. En este caso, el liberalismo criollo de inicios de la República deviene en virtud de la década fujimorista en neoliberalismo populista autoritario y antidemocrático. El hilo que conecta ambas experiencias históricas —no recuerda— no es ni la arquitectura ni el propio urbanismo, sino los modelos y políticas liberales de base que gobernaron gran parte de la República. Y algo más importante: compartir de una u otra forma la misma base social, tal como ocurriría con el apoyo brindado al régimen de Fujimori por los herederos del liberalismo criollo oligárquico.

Considera que hay diferencias entre estos momentos. En contraste al primer liberalismo incapaz de admitir el consenso social y la diversidad cultural, el neoliberalismo populista de finales del siglo XX puede hacerlo en el marco de una política de beneficio a los más ricos y filantropía social con los sectores de la denominada extrema pobreza. En medio: una sociedad y ciudad fragmentada, desinstitucionalizadas, con redes sociales desestructuradas. Si el primer liberalismo requería aún la ciudad y el centro como espacios casi privilegiados para su autorepresentación social, el neoliberalismo neopopulista no lo requiere habida cuenta de la existencia hoy de otros medios más eficaces (los medios de comunicación masiva, por ejemplo) para lograr este propósito. A este segundo sector le interesa solo el centro como “centro histórico”. Como espacio cultural antes que económico. Como una especie de valor agregado cultural al conjunto global de sus inversiones. Por ello y por su carácter neopopulista, se permite abogar por la diversidad y la presencia de culturas alternativas en el espacio central de la ciudad.

La historia del espacio central de la ciudad ha sido, resume su análisis, la historia de un bien esquivo, requerido y abandonado, glorificado y satanizado, al mismo tiempo. Enfatiza que lo ha sido con una constante a lo largo del tiempo: ha sido la historia de una sistemática disolución y degradación de sus propios contenidos y formas. Precisa que la causa principal tiene que ver en un sentido global con las defectivas relaciones entre sociedad y ciudad como las que se han producido históricamente en el Perú. Pero también, en un sentido específico, con un proyecto liberal de ciudad y centro que trajo consigo su propia negación. Ha sido un proyecto que se ha demostrado como inviable para la mantención y conservación del centro como espacio establecido. Concluye de esta forma, que esta es la causa de por qué el centro de Lima estuvo signado por una especie de muerte anunciada desde su propia refundación republicana. La apuesta liberal por el centro fue un proyecto estructuralmente inviable debido a los intereses contradictorios de la propia oligarquía de inicio del siglo XX y la neoligarquía neoliberal peruana de fines de este siglo. Tres frases enfa-

tizan su tesis. Un proyecto imposible. Una promesa que nunca podría haber sido cumplida. Los forjadores fueron sus propios victimarios.

Cusco: apogeo del Tawantinsuyo, centralidades patrimoniales y la red de parques arqueológicos

Este estudio sobre perspectivas del Patrimonio Cultural del Cusco se fundamenta en un enfoque territorial para desentrañar sus significaciones históricas y el carácter de sus centralidades.

Cusco está declarada constitucionalmente como la capital cultural del Perú, por la riqueza de su patrimonio cultural, tanto material como inmaterial, que es símbolo de la identidad nacional, en su base andina civilizatoria y en su condición de país pluriétnico. Existen más de mil sitios arqueológicos en todo el departamento de Cusco. Sin embargo, en la actualidad solo se han tipificado 83, de los cuales nueve son parques arqueológicos, 56 son sitios arqueológicos, 25 son zonas arqueológicas y tres se han denominado como otras delimitaciones. La constitución y funcionamiento de la Red de Parques Arqueológicos de Cusco (REDPAQ-Cusco) constituye uno de los instrumentos fundamentales para esta adecuada gestión del Patrimonio Cultural.

El estudio se propone identificar el carácter originario de las centralidades históricas en el Apogeo del Tawantisuyo, las que actualmente son declaradas Patrimonio Cultural, para apreciar las nuevas centralidades que configuran los parques arqueológicos en el territorio de Cusco.

El aporte civilizatorio andino que los incas llevaron a su apogeo está dado por la construcción social del territorio en el complejo espacio geográfico de los Andes.

Desde muy temprano, las sociedades que habitaron los Andes descubrieron que debía establecerse una constante relación entre los recursos de estos diversos espacios para lograr producir y reproducirse. El territorio fue asumido como un archipiélago vertical de pisos altitudinales distintos, cuyo manejo integrado de recursos permitiría la reproducción social (Murra, 2004). A lo largo de los siglos, esta ten-

dencia se ha consolidado y variado en las nuevas circunstancias, a partir de las relaciones entre las sociedades humanas y lo construido para hacer habitable el desafío geográfico.

Desde el enfoque metodológico de territorialidad, se relaciona el territorio socialmente construido y la historia del Tawantisuyo, que organiza sus centralidades monumentales del poder durante su apogeo. El valle del Cusco y la ciudad fue cuna del apogeo del Tawantisuyo, al posicionarse como centros de intercambios de un área cada vez más ampliada. Fue “el centro donde se realizaban los intercambios económicos entre productos de la puna, de la zona templada y de la zona subtropical” (Cusco al 2012). En el Cusco, el espacio geográfico tiene esta configuración que los incas supieron hacerla fundamento para su construcción de un territorio social civilizatorio. Es andino y amazónico, nexa entre ambos, uniendo las fértiles laderas orientales con el altiplano del Qollao. Está organizado desde las cordilleras, de cuyos nevados perennes fluyen las aguas, fuente de vida. Desde sus nevados más altos, apus tutelares, se organiza el territorio y se garantiza el agua y la energía solar para la vida. Su más amplio y fértil valle interandino, el del Urubamba, en cuyo sentido recorre el sol todos los días con la mayor cantidad de horas de exposición, es el eje articulador del territorio.

La etnia Inca, según Espinoza Soriano, arribó al Cusco como una caravana de inmigrantes que escapaban de Taipicala (Tiahuanaco), hacia finales del siglo XII. Habían formado el estado Tiahuanaco, de habla puquina, que fue invadido por los Aymaras, que formaron el reino Lupaca. Logró huir la parcialidad a cargo del culto, del Urintaipicala. Esta caravana, en busca de nuevos horizontes, se habría dividido en la localidad de Pacarictampu, dirigiéndose tres ayllus hacia lo que es ahora Ollantaytambo, y otros, dirigidos por Manco Cápac, hacia el Cusco, el que aglutinó a diez ayllus migrantes, cinco de Anan y cinco de Urin. Al conquistar Cusco y afirmarse, Manco Cápac hizo erigir en la tierra de los sahuaseras su vivienda y templo, dado que en éste se concentraba la autoridad religiosa y militar.

El período de apogeo lo ubica en relación a Pachacutec, que gobernó más de 30 años (¿1438-1471?). Completó el afianzamiento del

núcleo territorial radial del Cusco en el Valle de Urubamba. Y luego planificó grandes campañas de expansión, rememorando los imperios de huaris y tiahuanacos. Pachacutec fue sobre todo un líder religioso, conductor de una teocracia militar agraria. Estableció la religión solar y reorganizó el respetivo calendario. Organizó el culto a los ancestros, y distribuyó las momias de los incas que estaban en el Coriconcha hacia templos en zonas sagradas del imperio: como por ejemplo la de Manco Cápac al Titicaca. De este modo, hizo nuevos fundamentos del poder, de la vida social y de la actividad productiva del Tawantisuyo. Realizó expediciones de expansión para afirmarse hacia las collas y hacia el norte, y luego se concentró en grandes obras en los espacios nucleares y sagrados del imperio, como las de Coriconcha y la ciudad el Cusco, y la de Machu Picchu.

Al tiempo que se daba este salto colosal en la expansión territorial, Pachacutec realizó obras portentosas. Reformuló la ciudad del Cusco y el templo del Coriconcha, reconstruyéndolos. Completó las obras de andenes y templos en el valle sagrado y edificó Machu Picchu, donde existe la hipótesis que estuvo luego su momia reinante (Lumbreras, 2005). Dispuso que se construyera Sacsayhuamán, tomando en cuenta las edificaciones míticas de Taipicala, obra que fuera culminada por su inca sucesor.

Pero no solo hizo obras. Reestructuró y dio forma al Estado del Tawantisuyo. Legisló y unificó políticamente el mundo andino. Definió la hegemonía de los Anan en el poder, reduciendo los Urin solo a eventos religiosos. Sobre esa base, distribuyó responsabilidades entre las panacas de unos y otros, en relación a los ceques, administración de canales de riego, ritos y festividades. Asumió los avances de imperios y reinos anteriores como los huaris. Estableció las provincias y organizó el sistema de gobernadores y el de visitantes-informantes. Afianzó el Cápac Ñam. Impulsó las andenerías. Reorganizó el calendario ceremonial-productivo-social.

Sobre estas evaluaciones históricas, busca responder a la pregunta respecto a las condiciones que permiten apreciar el apogeo de esta civilización andina. Reseña la respuesta de Franklin Pease (2004), que

sostiene que “la ropa fue el recuso financiador de la expansión inca”, aludiendo que en el Estado inca, basado en la reciprocidad y la redistribución, existía un “macrosistema redistributivo”. Este consistía en bienes como maíz, coca y ají de las cercanías del Cusco, y lana y ropa del altiplano de lago Titicaca, siendo estas últimas las más abundantes. Desde el enfoque de la gestión y construcción social del territorio, que es el fundamento de la producción y circulación de bienes, plantea una respuesta diferente.

Señala que la civilización andina, una de las originarias de la humanidad, tiene entre sus rasgos distintivos la construcción sociocultural del territorio. Parte de reconocer formas de vida en intercambio entre la sociedad y la naturaleza, que deben tener una relación armónica para garantizar la reproducción del cosmos y sus tres mundos: de arriba, presente y de abajo. El ser humano forma parte y convive con la naturaleza, que es, de por sí, una forma activa de vida. Este rasgo civilizatorio es lo que marca la singularidad de su aporte cultural. Para habitar en una geografía tan agreste, compleja y biodiversa como la de los Andes, es imprescindible hacer una construcción sociocultural del territorio. Y este es el aporte cultural andino fundamental. La Colonia no solo buscó extirpar la cosmología, la lengua, las vestimentas, las festividades, las costumbres sociales, sino que trató de desarraigar las sociedades andinas de su vinculación con la geografía, por ser ésta justamente una de las bases de su cultura (Lumbreras, 2006). La civilización andina había construido territorios socioculturales en los cuales amplió drásticamente el suelo agrícola gracias a las andenerías; canalizó los cursos de agua para la agricultura, en canales y andenes; construyó microclimas para domesticar plantas y cultivos, con los Waru Warus, andenes en pisos ecológicos diferentes, y los manejos de manantes y puquiales; moldeó las piedras y construyó herramientas de cobre y bronce para construir caminos, hacer agricultura y edificar templos y viviendas; amplió la cerámica y textilería; elaboró un complejo y hasta ahora no se ha descifrado lenguaje para la resguardar la memoria y los conocimientos, y organizar la administración y la contabilidad. Una

amplia sabiduría, codificada, transmitida y aplicada está en la base de estas conquistas culturales en la gestión del territorio, que ahora se valorizan, redescubren y proyectan.

La rápida expansión y formación del Tawantinsuyo, a partir de Pachacutec y por menos de 100 años, tiene sustento en el patrón previo de asentamiento, que era generalizado en el mundo andino. Este patrón de asentamiento incorporaba los pisos altitudinales y las relaciones de parentesco en una bipartición alto/bajo, y en una cuatripartición que agregaba masculino/femenino a la dualidad anterior, dándole a cada sector funciones y características singulares en el ciclo agrícola, el poder y la organización social (Hocquenghem, 1998). Con base en este patrón de asentamiento andino, sustentado en la reciprocidad y el manejo de pisos ecológicos, los incas organizaron el Tawantinsuyo, desde Ecuador y Colombia hasta Argentina y Chile, con el Cusco como centro organizador, la religión solar y animista como fuerza simbólica de producción y poder, y la contabilidad administrativa como sistema de mando y control. El eje regional estructurador sureste-noroeste era la orientación del valle del Vilcanota-Urubamba. Este eje era el de mayor de circulación del imperio incaico, con rutas simbólicas sagradas que se irradiaban hacia los cuatro suyos desde los ceques del Coricancha del Cusco (Bauer, 1998 y 2000). El Tawantinsuyo trató sucesivas veces de expandirse hacia el Antisuyo, hacia la Amazonía, tema sobre lo cual está descubriéndose importantes avances, pero que, en todo caso, fue siempre un territorio difícil. El valle sagrado fue siempre el eje.

A partir del carácter de las centralidades que significaban en el apogeo del Tawantisuyo, hace una relectura de estos monumentos que ahora son centralidades patrimoniales en los parques arqueológicos y en innumerables sitios existentes en todo el departamento del Cusco, que se presentan inconexos, descontextualizados. Critica que su significación se reduce a una enumeración de obras y sitios, cuando constituyen, más bien, una vía de acceso a la comprensión de identidad y territorialidad que representa el Tawantinsuyo con el apogeo de la civilización andina.

Formula un nuevo rol de la centralidad patrimonial actual, si se la vincula con centralidades territoriales cuyas funciones y estructuras estaban asociadas al inmenso salto en la expansión imperial, que representó un gran proceso de desarrollo territorial para el apogeo inca y la organización de los cuatro suyos, y que ahora son ejes de los subespacios regionales. Analiza en detalle cinco subespacios: a) el centro del universo: el Coricancha, Templo del Sol y Sacsayhuamán, la Casa Real del Sol y el Cosmos; b) el valle sagrado: Urubamba, las poblaciones incas vivientes y el nexo altiplano-amazónico; c) el Santuario del Sol y Mausoleo del Inca: Machu Picchu; d) el área de Intercambios con el Qollao: Templo a Wiracocha, Pikillaqta Huari y Palacio de Yawar Huaca; e) Vilcabamba: ampliación del territorio y la resistencia anti-colonial.

El centro histórico de Arequipa: patrimonio y desarrollo

Luis Maldonado Valz hace una evaluación y proyecciones del centro histórico de Arequipa, incluido en la lista del Patrimonio de la Humanidad. Resalta que el propósito de su recuperación es que sea uno de los pilares fundamentales para el desarrollo urbano-regional de Arequipa.

Presenta la crisis que atravesó Arequipa en las décadas de fin del siglo XX, que coadyuvó al deterioro del patrimonio, del orden urbano y de la calidad de vida, acentuado por la escasa presencia de las instituciones públicas. Esta situación obligó a repensar las bases en las que se sustenta el desarrollo urbano-regional de Arequipa, y al identificar otras fuentes, reconocer el enorme potencial de su patrimonio arquitectónico. En efecto, hoy existe conciencia de que el legado cultural es un recurso valioso y que su recuperación es un poderoso instrumento para el desarrollo económico y social.

Analiza los desplazamientos en las centralidades urbanas. En los años cincuenta se inicia con mayor fuerza el desplazamiento de la población residente del damero hacia la periferia, quedando la casona

solariega destinada a otros usos; sin embargo, las formas tradicionales de casa de vecindad se mantienen alrededor de algunos tambos tuguizados. Posteriormente, en las décadas de los años sesenta y setenta, la Junta de Rehabilitación y Desarrollo de Arequipa propició un mayor impulso al sector industrial con la creación de parques industriales, y se mejoró la articulación vial, lo que contribuyó a consolidar el rol hegemónico de la ciudad en la región. Estos cambios cobran mayor intensidad en el área central donde el desarrollo de la actividad comercial y de servicios modifica las características horizontales de la ciudad. La sobreutilización del centro histórico ha generado un proceso continuo de desplazamiento de la vivienda y sus equipamientos hacia áreas periféricas, a la vez que se observa la hegemonía de actividades terciarias, principalmente del sector informal. Este éxodo se dio a partir de los años cincuenta, período que coincide con el flujo migratorio proveniente de los pueblos del altiplano peruano. A partir de entonces, se expandió una corriente de “modernidad” mal entendida, que paulatinamente sustituyó las casonas de sillar, de patios y bóvedas por edificios de ladrillo y concreto, cambiando los usos de vivienda a comercio, en razón de su mayor rentabilidad.

Observa que el crecimiento radio-céntrico de la metrópoli ha determinado que el sistema vial condicione el paso obligado por el centro en todos los desplazamientos de la población, lo cual trae mayor contaminación ambiental por el transporte, más aún si éste es anacrónico y deficiente. Las condiciones de habitabilidad y de dotación de servicios básicos en el centro histórico decayeron como resultado de la densificación de usos, la falta de inversión pública y el empobrecimiento de la población residente, lo cual forma parte del proceso de deterioro de la ciudad.

Formula que revertir esta tendencia es el reto, y para ello el patrimonio constituye el principal recurso de desarrollo sostenible y mejora de las condiciones de vida de la población, por su potencial para generar actividades productivas.

Como parte de este proceso, la declaratoria por UNESCO de Arequipa como Patrimonio Cultural de la Humanidad, en diciembre

de 2000, ha contribuido a consolidar estas actuaciones que vinculan el desarrollo de la ciudad con la cultura y el patrimonio. En forma detallada, precisa la propuesta urbana del Plan del Centro Histórico, en la que se entrelazan los desafíos del desarrollo y del patrimonio.

Señala que la trama monumental se estructura con la metrópoli por medio de dos grandes ejes tensores, ortogonales entre sí, que unirán cuatro centros focales de interés metropolitano a través del damero central. Estos ejes tienen como referente histórico el trazado fundacional de la ciudad y su división en cuarteles. Un eje unirá el parque de Selva Alegre con los terrenos del ferrocarril, concretizado simbólicamente por la calle Jerusalén y San Juan de Dios que va de norte a sur, uniendo a su vez el antiguo barrio de San Lázaro y el centro monumental de la ciudad. El otro eje, de este a oeste, unirá la cuenca del río Chili, y como pivote de este sector el Parque Metropolitano del Chili que, conjuntamente con el futuro Malecón de la Recoleta y el barrio del Solar, serán el inicio de este tensor, el cual culminará a través de las calles San Agustín, Mercaderes y Octavio Muñoz Nájjar, en el campus universitario de la Universidad Nacional de San Agustín (UNSA).

Sostiene que la orientación dada al proceso de rehabilitación del centro histórico de Arequipa es la correcta, pues, a diferencia de otros sitios históricos en América Latina, no se ha privilegiado el monumentalismo o el carácter museográfico, menos el acento excluyente del turismo comercial. Considera que se ha tratado fundamentalmente de mejorar las condiciones de permanencia de los habitantes, de recuperar los espacios públicos, de renovar su equipamiento cultural y, sobre todo, de rehabilitar la vivienda.

Bibliografía

- Castells, Manuel (1999). *La era de la información*, 3 tomos. México: Siglo XXI.
- Jameson, Frederic (1995). *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- Kraffa, Rómulo (2008). “Fundamentos de centralidad urbana”. *Centro-h, Revista de la Organización Latinoamericana y del Caribe de Centros Históricos (OLACCHI)*, 2, diciembre. Quito: OLACCHI.
- Santos, Milton (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ariel Geografía.
- Veltz, Pierre (1999). *Mundialización, ciudades y territorios*. Barcelona: Ariel Geografía.